

pudo recobrar su actitud ordinaria, y como la vara de un cohete muerto, cayó casi verticalmente hasta el suelo, viniendo á dar al centro de nuestro corro, donde se le declaró buena presa.

¡A cuántos orgullosos he visto dar así en tierra en el curso de la vida real, desde el rincón á que me retrajeron mis inclinaciones subsiguientes, y acaso también la timidez y cobardía que el cubo satírico me echaba en cara! Y, á propósito de éste, y de los demás papalotes que hablaban, y de las personas á quienes me figuraba representadas en ellos, vas á ver lo que suelen ser las coincidencias, casualidades y extravagancias del mundo. Pocos días después del combate, al verdadero perdonavidas le hundían el sombrero; y la polla remilgada, convaleciente de viruelas malignas, se casaba con el recaudador de contribuciones, acabado de salir de unos ejercicios espirituales.



NOCHE AL RASO.

(Manuscrito hallado entre papeles viejos.)

AL CONDE DE BASSOCO.

El Autor.

Roa Bárcena.—6.



NOCHE AL RASO

(MANUSCRITO HALLADO ENTRE PAPELES VIEJOS)

I.

QUANDO aun no había caminos de hierro entre nosotros, ni eran fáciles los medios de transporte, y el invento de Fulton solía verse anunciado, como si dijéramos en figura, por un par de bueyes soñolientos que más de una vez reemplazaron á los cansados troncos de mulas en el tiro de carruajes; allá por los años de 1840, para acabar con esta perifrasis, venía de Orizaba á Puebla, con todo y la polvienta funda de manta, de rigor, un coche ocupado por los siguientes personajes:

Un procurador ó agente de negocios, de enjuto y avinagrado rostro, de traje negro y algo mugriento, y cuyo desaliño, se sin-

tetizaba, digámoslo así, en las enlutadas y largas uñas, parte integrante de los utensilios de su profesión; y que chocaban entonces, por no verse, como ahora, en las manos de los más atildados mancebos, y aun de las más bellas damas.

Un militar retirado, con una pierna de menos, y muletas y dos ó tres cicatrices de más; de los que en tiempo de la insurrección se batieron al lado de Rossains, ó acompañaron en la cueva tradicional á D. Guadalupe Victoria, fomentándole sus sueños de dicha doméstica y patriótica, cifrados, según lenguas mordaces, en casarse con una india de Guatemala, y ser uno y otra coronados rey y reina de América, como entonces se decía.

Un aficionado á la pintura, que desde su juventud había sido almonedero en México, en la calle de la Canoa.

Por último, un hacendado actual, boticario retirado del oficio, con buenos pesos extraídos de la zarzaparrilla y la borraja; cuyo aspecto hacía recordar el ruibarbo, y cuya levita parecía haber probado muchos años atrás todos los unguentos de la farmacia.

Estos hombres que, probablemente, nunca se habían visto al dar principio al viaje, ocupaban el interior del vehículo, cuya caja, por lo pequeña, con relación á varas, sopandas y ruedas, recordaba exactamente el cuerpo de una araña de las que llaman zancudas, y cuyo nombre técnico omito por ignorarlo. Como caminaban contando con un solo tiro de mulas, eran cortísimas sus jornadas. La del día á que me contraigo debía ser rendida en Puebla. Anocheceía ya en el punto intermedio de Amozoc y de la expresada ciudad, cuando el coche—que es fama, trajo á Marquina á México, cuando vino de virrey—dió un salto en una de las ramblas pequeñas formadas en el camino por las lluvias, y se desarmó, casi por completo, rompiéndose á un tiempo mismo, no sé por qué efecto mecánico, lanza, sopandas y caja, y quedando todo ello en estado poco menos que inservible.

Descendiendo al suelo con más prisa y menos compostura de lo que habrían deseado, el militar, el procurador, el farmacéutico y el almonedero, se hallaron en la poco envidiable aptitud de contemplar á todo su sabor, sobre aquel montón de apolilla-

das ruinas, el brillo de todas las constelaciones del cielo en una noche de Diciembre, de aquellas que por lo frías hielan las narices y dificultan la respiración. Componer y volver á armar el coche, no era posible, careciéndose de carroceros y de instrumentos á propósito; y tomar á pié el camino hasta Puebla, no halagaba á aquel cuateruo de cotorriones, más ó menos atacados de reumatismo; máxime previendo que al llegar á la garita la habrían de hallar cerrada, exponiéndose á ser tratados como gente sospechosa. Decidieronse, pues, á esperar el paso de algún otro vehículo, y en último caso el día, cuya luz es consuelo de apenados, y cuyas brisas matinales traen á la cabeza ideas frescas y acertadas resoluciones.

Tomada la que acabo de indicar, entraron los ánimos en alguna tranquilidad, como sucede siempre en casos análogos; y los viajeros, comenzando por reírse del enojo y las maldiciones del cochero y del sota, acabaron por hacerse mutuamente más comunicativos y procurarse distracción, cada uno según el giro de sus inclinaciones y costumbres. El almonedero se acercó instintivamente á recoger y examinar algunas

piezas del finado coche, hallando que sólo habían quedado ilesos los picaportes de las portezuelas, que, sin querer, avaluó y tasó allá en sus adentros. El boticario, que había sacado del golpe un brazo maltrecho, se aplicó una cataplasma de lodo, figurándose que lo vendía por triaca á alguno de sus antiguos marchantes. El procurador revolvía en su cabeza leyes y prácticas forenses, con el firme intento de demandar judicialmente por daños y perjuicios, en llegando á Puebla, al dueño del coche; si bien vino á contrariar en cierto modo sus planes, por importar la pérdida del derecho propio y hasta flagrante responsabilidad de perjuicio ajeno, el atolondramiento del militar, que figurándose á la cabeza de su compañía y en tiempo de guerra y de ocupaciones y despojos en nombre del servicio público y sin previa indemnización, como el frío apretara por una parte y él necesitara por otra descargar en alguien su mal humor, juntó los palitroques del deshecho carruaje, hizo con ellos una buena lumbrada, y calló á golpes las reclamaciones del cochero, que poniendo desde luego el grito en las nubes, acabó por resignarse, como que al fin, sólo

se trataba de los intereses de su amo, y por sentarse en unión de los pasajeros en torno de la hoguera así improvisada, y cuyos reflejos hacían aparecer distintamente en los semblantes la estupidez del auriga, la franqueza y brusquedad del capitán, la indiferencia del almonedero, la avaricia del fabricante de purgas, y la natural y reconcentrada malicia y el instinto rapaz del representante de las leyes.

Una carcajada homérica del militar vino á interrumpir el general silencio, sólo alternado con las coces de las mulas, que ni se calentaban ni veían por allí pesebre. A la verdad, señores,—dijo—representamos una escena casi patriarcal, y que me sería hasta agradable si á esta botella de refino, compañera mía en todos mis viajes, pudiera agregar el cabrito de los israelitas, ó siquiera los buñuelos de los pastores de Bellem, ó hasta, en último caso, un cuarto trasero de la burra de Balam bien asado. Pero, falto de tales elementos de conservación y mejora del cuerpo y de esparcimiento del ánimo, héme contentado con comer prójimo mentalmente, riéndome en mi interior de las figuras de Ustedes (mo-

vimiento de extrañeza y enojo en el concurso) y de la espontaneidad con que todos, en un caso dado, obramos con arreglo á nuestros hábitos y propensiones, sin advertirlo. Antes que el despotismo y la violencia, inseparables de este mutilado servidor de la nación, que comenzó por amarrar en Tehuacán á los miembros del Congreso de Chilpancingo, y ha acabado por hacer inútiles reverencias á ministros de Hacienda y tesoreros, en solicitud de alcances que están en el palo ensebado con que nos hemos de divertir el día del juicio; antes, digo, que mi capricho y brutalidad convirtieran en fogata los restos de la apolillada cucaracha que con nombre y humos de coche nos trajo al triste estado en que nos vemos, y pudiesen mano airada en el mofetudo rostro de este honrado aunque estúpido muletero, á quien pido me excuse la necesidad de reincidencia, pardiez que no se me habían ocultado ni las pesquisas y los cálculos de este señor que, según nos ha dicho, tuvo ó tiene almoneda; ni la maestría con que se vendó el adolorido brazo el farmacéutico; ni las señales de estar revolviendo proyectos de multas é indemnizaciones, que apa-

recieron en la torva frente del compañero procurador; ave de presa detenida en su vuelo, cuando acaso tenía que asistir á embargo ó despojo; comida sabrosísima para los de su oficio.

Y puesto que la casualidad ó Satanás han tenido la humorada de reunirnos aquí á campo raso y sin viveres ni quehacer, á individuos de caracteres y profesiones tan diferentes, con la perspectiva de una noche verdaderamente infernal, en que dado caso que fuera posible dormir, lo sería que sirviéramos de cena á los coyotes, ¿no habría más cordura en echar todo á broma, perder el encogimiento y la reserva reinantes entre personas que de ayer acá se han conocido, y que cada uno cante, ría ó hable sin ceremonia, refiriendo, si gusta, alguna ó algunas de sus propias aventuras, ó de las ajenas de que tenga noticia, y que suelen ser más sabrosas de contar? Y como llevo media hora de hacer uso de la palabra, para evitar toda extrañeza debo advertir á Ustedes que casi no la he cortado desde que salí de la cueva en que acompañé al general Victoria. Tal efecto causó en mi lengua, antes callada de suyo, el silencio

que por espacio de meses y aun de años tuvo que guardar, careciendo de tercera persona con quien comunicarse, y no siéndole posible interrumpir las abstracciones del jefe, que de día ideaba un plan de reconstrucción social y política del país, y de noche soñaba con cierta beldad de Guatemala ó del Soconusco, á quien nunca llegamos ni él ni yo á conocer. Así, pués, compañeros, rienda suelta al buen ó mal humor, y charlen Ustedes, alternando conmigo, ó al mismo tiempo que yo, para matar el tiempo, en tanto que este animal (hablo del cochero), si no quiere que yo le vuelva á medir las costillas, se pone en atalaya, por si viniere por esos caminos de Dios, coche ó carreta que podamos aprovechar, ó hasta un hatajillo de asnos que, en último caso, embargaríamos sin ceremonia, pues el servicio público es ante todo. Y cuénta que á estas horas y en este desierto, sería yo capaz de encomendarme al santo más famoso del contorno, si tuviera esperanzas de que me oyese; y reputaría verdadero milagro suyo el que se nos deparara modo de no ver desde aquí salir el sol, cosechando nosotros una ó más pulmonías.

Un acceso de tos interrumpió aquí al militar; y aprovechando la interrupción, el procurador, como hablando consigo mismo, exclamó con gesto sardónico: Milagro y muy milagro sería ello; pero de estos tan patentes, sólo el Cristo del Licenciado Retortillo los hacía.

—Explíquenos el señor procurador, si gusta, qué Cristo era ese—interrumpió el almonedero—que al cabo nada nos corre prisa, y algún tiempo mataremos oyéndole.

Y, como los demás circunstantes manifestaran igual deseo, el procurador limpióse el pecho, cual si fuera á cantar, y sin fijar la vista en nadie, para no comprometerse, habló en estos términos:

II

EL CRUCIFIJO MILAGROSO.

Todo el mundo, al menos el forense—y hablo en términos de mi profesión—ha conocido en México al Sr. Licenciado Retortillo, muerto hace pocos años de resultas de

una enfermedad crónica que le sobrevino de un aire colado, estando caliente Su Merced, después de un informe en estrados.

Educado en la escuela de los Bataller y Gamboa, y dotado de inteligencia, viveza y malicia no comunes, llamó muy presto la atención general, y amén de recibirse de las agencias y sindicaturas de no pocas cofradías, tuvo á su cargo los negocios judiciales de las casas de comercio más importantes de la capital y de fuera de ella, no admitiendo jamás empleo público alguno. Con el trascurso del tiempo y el incremento de su fama, multiplicáronsele las ocupaciones de tal manera, que su estudio, por lo numeroso y polviento de los legajos y expedientes aglomerados en estantes, mesas y sillas, parecía oficio de escribano, regocijando la vista y el corazón de la gente de curia que olfateaba allí el germen de demandas y litigios interminables. Y aunque el Licenciado trabajaba más cada día, con riesgo de su salud, y hasta bajo su nombre y responsabilidad ocupaba á otros abogados que le despachaban los negocios más fáciles de arreglo; como seguíanle cayendo en progresión mayor los de todo género, acabó por atas-

carse entre aquellos montones de papel, poniendo á prueba la paciencia de herederos y litigantes, y dándosele un comino sus hablillas y murmuraciones. Riquísimo estaba ya; y los humos de la riqueza y los dolores del reumatismo habían ido agriando su carácter, que nunca tuvo fama de dulce, especialmente en el desempeño de su profesión en que era excéntrico y claridoso, como decían en presencia suya sus amigos, ó como aseguraban en su ausencia sus émulos, un hombre verdaderamente malerado.

Recuerdo su estatura, su fisonomía, su traje y sus modales, cierta mañana del otoño de 1835, en que le ví por última vez, acudiendo yo á su estudio en representación de unos herederos con beneficio de inventario, que murieron sin llegar á ver arreglada la testamentaría respectiva. Frisaba ya en los sesenta mi hombre, y, sin ser alto ni bajo, tenía por cuerpo un verdadero costal en que la naturaleza parecía haberse complacido en vaciar á ciegas la carne y los huesos, sin dar á una ni á otros la debida colocación. De tez aceitunada que contrastaba con lo cano del cabello, corto y levantado de todas partes, como si el espanto le eri-

zara; de ojos vivos y malignos aunque algo encapotados; de nariz á la Carlos III—que la tuvo más larga que Carlos IV, por más que la fama haya favorecido á éste con daño de aquel—y de excesivamente bello inferior labio, que cuando se apartaba del superior dejaba ver hasta cuatro piezas entre dientes y colmillos, moviéndose dócilmente al impulso de la lengua, tenía tembloroso el pulso y la voz; metidos ambos piés en sendas bolsas ó fundas de paño negro con nombre de zapatos, y la mayor parte del cuerpo en un levitón de bayeta, del corte de los que llamaban *redingotes* en nuestro tiempo.

Tal era la estampa del señor Licenciado Retortillo aquella mañana en que, sin duda, la digestión del chocolate había sido penosa, pues no disimulaba el viejo su mal humor, del cual era signo inequívoco para los que le tratábamos el echar pestes contra los clientes que se difundían en la explicación ó consulta de sus negocios, ó contra las visitas que sin objeto alguno iban á quitarle el tiempo, y cuya conversación suele ser una verdadera calamidad para las personas ocupadas.

Olvidaba decir á ustedes que el Licencia-

do, hombre íntegro y religioso á pesar de su malicia y aspereza, tenía en su estudio, en una de las paredes, precisamente enfrente de su bufete y bajo un doselillo de damasco rojo con candelabros de plata, un Crucifijo de madera que él apreciaba mucho, escultura de Cora, y cuya mansedumbre y benignidad, hábilmente representadas por el artífice, formaban más de una vez contraste con el ceño y la iracundia de Retortillo. A pesar de lo expuesto, es indudable que nuestro hombre tenía cariño y devoción á la imagen: solíasele sorprender con los ojos fijos en ella cuando algún cliente le molestaba con la relación de las enfermedades de todos y cada uno de los individuos de su familia, ó cuando algún enviado de la parte contraria trataba de amedrentarle ó de sobornar su lealtad; y hasta había llegado alguna vez á decirme en un arranque de confianza: “Rascón, esta imagen es milagrosa, y no extrañaría yo ni que llegaras á ser hombre de bien si te encomendaras á ella.”

En la mañana á que me refiero, estaba sumamente atareado Retortillo con el despacho de un expediente en que se interesa-

ba alguno de los más altos personajes políticos de aquel tiempo. Había despedido el Licenciado á todos sus clientes, citándolos para otro día, por tener que ocuparse de preferencia y con urgencia en el consabido negocio, y deteniéndome á mí para que llevarse al tribunal el escrito que nos disponíamos él á redactar y yo á escribir. Lista hallábase en la mesa la blanca foja sellada para el bienio corriente, y mojada en tinta y aproximada al papel mi pluma, y el abogado se rascaba una oreja para empezar á dictarme, cuando oímos pasos en el corredor; pero en la confianza de que había dado orden al portero de que á nadie dejara subir, no se alarmó Retortillo; y precisamente acabando de emitir la fórmula “como más haya lugar en derecho,” y cuando su labio inferior llegaba casi á la forma y las dimensiones de un hongo de los más venenosos, apareció en el umbral de la puerta del estudio, sombrero en mano, camisa y polvero limpios, la sonrisa de la jovialidad en los labios y el comedido y la urbanidad en todos los ademanes, dando “santos y felices días,” un honradísimo hacendado del rumbo de Chalma, llamado Don Canuto Bobadilla, que ha-

bía venido á México á pasar Todos Santos y Muertos, y que á título de pariente de una cuñada de la difunta esposa del Licenciado, no había creído compatible con la observancia de las reglas de buena crianza en que fué educado, regresar á sus paninos sin hacer una visita á Retortillo; en primer lugar para tener la imponderable satisfacción de conocer á un abogado cuya fama se extendía casi tanto como la del santuario de sus rumbos; en segundo lugar, para darle sucinta noticia de su posición y familia, pedírsela acerca del médico más á propósito para curarle de un mal de piedra que él, equivocadamente sin duda, suponía radicado en el canal de la uretra, debiendo estarlo, según todas las apariencias, en la cabeza; y en tercero y último lugar, para ofrecerle su persona y bienes presentes y futuros, como su más respetuoso, afecto y rendido servidor que le deseaba perenne salud y le besaba entrambas manos.

Y aquel buitres bajo la forma de palomino, sin darse por satisfecho con explicación tan difusa, refirió al Licenciado cómo había forzado la consigna dada al portero, quien procuró detenerle á tiempo en el patio, y sólo

franqueó el paso ante el aire de severidad y la mirada de protección con que el payo le dijo ser de la familia. Maldiciendo en sus adentros al visitante y al portero, y significando en vano á D. Canuto con ademanes de inquietud y con medias palabras lo muy ocupado que estaba, y su deseo de que terminara cuanto antes la visita, Retortillo fijaba de cuando en cuando sus ojos verde-alfalfa en el Crucifijo, y hasta movía los labios como si orase, en tanto que Bobadilla seguía hablando del frío y del calor, de las últimas elecciones municipales de Chalma, y del *chahuixtle* recién caído á sus sementeras.

Repentinamente y como si Retortillo no hubiese podido resistir más tiempo á los impulsos de su devoción, levantóse del bufete, dejando al payo con la palabra en la boca, y fué á arrodillarse á los piés del Crucifijo, cruzando desde luego los brazos é inclinando la cabeza sobre el pecho, y levantando en seguida el rostro y la diestra hacia la sagrada imagen, como si encarecidamente le pidiera alguna merced. Curiosa era la figura del señor Licenciado, que, á guisa de rey de baraja, se destacaba sobre el fondo luminoso de un rayo de sol que pene-

traba en el aposento. Bobadilla, al ver la acción de Retortillo, manifestó extrañeza; pero, imaginándose á poco que el anciano era hombre profundamente piadoso, revisió su semblante con aire de respeto y simpatía, guardando cabal silencio, llevando alternativamente sus ojos del suplicante á la imagen, y hasta pareciendo asociarse por medio de la oración mental, á la plegaria del Licenciado.

Éste se santiguó una, dos y tres veces; púsose en pié, y se dirigió al bufete reocupando su asiento y restregándose las manos como en señal de satisfacción y de confianza.

—¡ Hermoso Cristo ! dijo el payo, queriendo reanudar la interrumpida conversación.

—¡ Y tan milagroso ! exclamó Retortillo.

—¿ Conque es milagrosa esta sagrada imagen ?

—Usted va á ser juez de su virtud de hacer milagros. Estando yo sumamente ocupado, y siéndome excesivamente molesta á causa de ello la visita de Usted, acabo de pedir á ese Cristo que toque á Usted el corazón para que se vaya y me deje libre : y no tardamos en ver que ha sido oída y obsequiada mi petición.

Por grande que fuese la dosis de tontera y candor del payo, no se le oscureció la bellaquería del Licenciado, y poniéndose de siete colores, se levantó y despidió mortificadísimo, dando disculpas á Retortillo, y tropezones con tapetes y escupideras.

—¡ Ya Usted ve si la imagen es milagrosa ! observó el Licenciado, estrechándole por última vez la mano en la puerta del estudio ; y volviendo á su bufete, y siguiendo la frase pendiente, aún antes de sentarse, dictó : “ y salvas las protestas oportunas, ante Usía, con el respeto debido expongo.”

Preocupado yo con lo que acababa de preenciar, en vez de escribir la frase, dí rienda suelta, no sin estrépito y contorsiones, á la risa que me hormigueaba en el cuerpo. Retortillo me vió con aire grave y me dijo en tono sentencioso : “ Milagros de este linaje se obran, á Dios rogando y con el mazo dando.”

Recordé estas palabras al oír las últimas del capitán, y creo que el milagro que él desea, sería de fácil realización, si alguno de nosotros poseyera la viveza, la travesura y la resolución del Licenciado Retortillo para hallar expedientes en lances tan apurados como éste en que nos vemos.

III

LA DOCENA DE SILLAS PARA IGUALAR.

Los oyentes hallaron demasiado largo el cuento del procurador, tratándose de tan sencillo suceso; y el farmacéutico, que era inclinado á la contradicción, dijo:

—No; pues lo que es en materia de viveza y travesura, yo habría proporcionado al Licenciado Retortillo la horma de su zapato en la persona de un D. Roque, de célebre memoria; si bien éste solía emplear aquellas dotes en términos mucho menos ajustados al Decálogo.

Don Roque había sido comerciante en San Luis Potosí, con bienes propios considerables y casi ilimitado crédito; pero el robo de unos cargamentos de mercancías suyas, durante la guerra de insurrección, le atrasó de tal modo, que dió punto á sus negocios entregando á sus acreedores el dinero y los efectos existentes, y hasta las alhajas de su mujer; pues decía, y con justicia, que nsarlas ella cuando su marido aun debía en la plaza, era afrentarse á sí misma. Por raro

que hoy parezca este modo dediscurrir, era el de D. Roque en la época á que me contraigo; y lo hago notar á Ustedes para que en la conducta posterior de mi héroe vean hasta dónde suele arrastrar la pobreza. Siempre que yo oía hablar de las diabluras de D. Roque, recordaba, sin querer, una cuarteta que de muchacho leí en alguno de los romances del Cid, y que dice:

¡Oh necesidad infame!
¡A cuántos honrados fuerzas
A que, por salir de tí,
Hagan mil cosas mal hechas!

Aunque la poesía y los versos me han apestado siempre más que la valeriana, quedóseme en la memoria la tal cuarteta; y me gusta, por contener una verdad positiva y activa como una onza de purga de Jalapa (*radix Jalapæ*). Y volviendo á D. Roque, sucedióle que honrado y favorecido de sus mismos acreedores, al principio de su pobreza, acabó por cansarlos á peticiones y banderillazos, y llegó á palpar frío el fogón de su cocina, y rajada y vacía la marmita del puchero; situación terrible para el jefe de una familia compuesta de mujer y tres ó cuatro hijas pequeñas, que comen con el buen